

De pronto, Clara de Ellébeuse, frunce el ceño. Iba á dejar olvidadas, en el saquito de pañuelos, las terribles misivas del tío Joaquín. Va rápidamente á su cajón, coge las dos cartas, las desliza entre las de sus amigas y cierra otra vez el cofrecillo ocultando la llave en el dobléz de su manteleta de colegiala.



V

LA tristeza del viento conmueve los plátanos de octubre del patio de recreo. El polvo agrio y frío se arremolina. El delgado chorro del surtidor se quiebra á cada instante. Han terminado las meriendas, y los papelones que envolvían pasteles, manzanas y naranjas, vuelan á ras del suelo. Es el momento de mayor animación de los juegos. Van de un lugar á otro los vestidos negros de las colegialas. Forman excepción las que se pasean confidenciales, juntas ó con sus maestras.

Las más numerosas corren ó saltan, ó juegan al volante y al marro:
—¡Lia! ¡Cogida ó no juego!

—Veintiuno, veintidós, veintitrés...
Perdí... Ahora tú.

—Has hablado. ¡Ay! Me toca á mí empezar.

—¿Cuántos llevaba?... Has pisado la raya.

—No grites así.

—Te digo que no.

—El tejo está perfectamente...

—¡Ay!... Qué daño me he hecho en la rodilla...

—... Y entonces, refiere uña de las paseantes á sus compañeras, entonces, querida, cuando fueron á la alcoba y cuando volvieron al refectorio advirtieron que hablaban poco y que tenían las voces roncadas... Decían ellas que regresaban de Palestina... La lega que les servía á la mesa, vió una bota encarnada bajo el vestido... de pronto...

—¡El alfiler se ha clavado en la pelota!

—¡Ay, ay, ay!

—¡Qué tonta eres!... Querida, si gritas así, no juego.

El viento sopla, desolado. Unos gorriones, hinchados ya por el frío, pian entre el polvo, asustados, y echan á volar llevándose migajas de pan.

Clara de Ellébeuse está sola, sentada en un banco, doblada, con una mano en el pecho. Hace tres días es presa de dolores agudos que le cogen á lo largo de las costillas, el espinazo, la garganta, la nuca. Aprieta los dientes y nada dice de su mal, tanto porque la exaspera el que le tengan lástima, como porque una idea espantosa germina en su cerebro desequilibrado. Un ligero grito, á veces, y nada más. Allí está, desde el principio del recreo, envuelta en su capellina negra, algo temblorosa de fiebre, y sin responder á las amigas que la preguntan al pasar, ni siquiera á Lia, su querida amiga.

Pero ellas no se asombran de su mutismo, porque saben que á veces es rara. Tiene á su lado una cestita, llena de uvas pasas, bien acomodadas por Gertrudis, que le trajó ayer su madre y á las que ni siquiera ha tocado. Está arisca como un animalillo enfermo. Sus arrepentimientos caen desordenados sobre sus mejillas pálidas.

No se levanta hasta que la campana toca para la vuelta al estudio.

—Hija mia—le dice la señora Su-

periora, que pasa por allí como por casualidad.—Si estáis enferma, no os fatiguéis nada. Sois, habitualmente, buena alumna. Han advertido en vos un cambio desde hace tres días. ¿Estáis enferma?

—Estoy un poco cansada, buena madre... Pero no será nada...

—En ese caso, hija mía, quedáis dispensada de toda obligación... Exijo, además, que descanséis del modo que creáis conveniente... Habéis dado, gracias á Dios, bastantes pruebas de asiduidad... Si no os encontráis tan mal que preferís ir á la enfermería, quedaos en el estudio, pero no os fatiguéis nada... Hasta os permito, por excepción, leer libremente, como en vísperas de vacaciones. Id, hija mía.

Clara de Ellébeuse entra en el estudio en donde trabajan ya sus compañeras. Las plumas de ganso chirrían á la vez sobre los cuadernos metódicamente inclinados. Las niñas se aplican, inclinada la cabeza sobre el hombro derecho, sacando la puntita de la lengua.

Clara de Ellébeuse levanta la tapa de su pupitre y lo mantiene mucho

tiempo abierto con ayuda de una regla. De debajo de sus libros saca una de las cartas del tío-abuelo Joaquín. La desdobra y contraída la faz por la angustia, vuelve á leer, por centésima vez, el final:

«¡Quédeme yo solo en la tierra con mis dolores y mis remordimientos, ya que ni siquiera dejasteis á mi soledad cruel el triste fruto de nuestros abrazos!»

¡Oh! ¡Espantosa idea la que, hace tres días, retuerce el corazón de la niña! Estoy embarazada, debo estar embarazada, ha exclamado mentalmente anteayer, al leer esta carta... Y ahora, se lo repite con obstinación... Sentía algunos dolores nerviosos y de repente la idea loca ha surgido en su conciencia desconcertada... *«el triste fruto de nuestros abrazos»*.

¿Entonces, se dice Clara, por los abrazos es por lo que nacen los niños? ¿Por los abrazos es por lo que la infeliz Laura quedó embarazada? ¡Ah! ¡Si lo hubiera sabido, desdichada de mí!

¿Qué locura culpable se apoderó de mi alma cuando, junto á la casa

cerrada, estreché apasionadamente á Roger en mis brazos?...

... Y sin embargo, papá me ha estrechado en sus brazos muchas veces... Sí, indudablemente. Pero Dios no permite que se tengan hijos con un padre, ni con hermanos, ni con parientes... Con los primos, sí, porque se puede una casar con ellos...

*
**

Desde el día aquél, empieza para Clara una agonía lenta. Nada la saca de su error, ni siquiera, tal es su ignorancia, las pruebas más tranquilizadoras. Su madre la ha venido á ver, le ha preguntado sobre su mal, pero en vano. Clara de Ellébeuse ha pasado diez días en su casa, y la alegría no le ha vuelto. Hasta ha pedido volver al convento. Ha vagado, dolorida, por los graneros que cobijaron los juegos de su niñez. Su padre, dando vueltas en el fondo de su pensamiento al secreto terrible de la locura de muchos de los de Ellébeuse, trata de rechazar el abominable temor.

La melancólica niña se desmejora, y pasea á través de los corredores

helados del convento, á donde ha vuelto; su fiebre y sus angustias son tan fuertes que no siente ya sus neuralgias.

Una noche cree sentir el movimiento del niño en su vientre virginal. Y, despertándose sobresaltada, recuerda aquella voz oída en sueños durante las vacaciones, la mañana misma de la caza abominable, aquella voz que gritaba: «*Ya se acerca el tiempo de tu embarazo*». Era la advertencia divina, se dice... ¡Y yo, no haberla escuchado! ¡Todo se ha perdido, todo acabó!... ¡Ah! si nunca hubiera nacido... ó si hubiera nacido animal, pobre criatura, como Robinsón, el perro, que comía huesos al sol... La hubieran dejado tranquila...

Y á veces su pensamiento se centra en el niño que alimenta su ignorancia dolorosa. ¡Ah! Ya le quiere. Es *su* hijo, el hijo del amado. ¿Qué diría él, Roger, si supiera que está en ese estado?... ¿Escribirle? ¡Oh! No... ¡Qué vergüenza!... Ni siquiera sabía ella... Pero cuando sepa la horrible verdad ¿habrá un desafío como el del tío Joaquín y el hermano de Laura? ¿Tirará Roger? ¿Dejará

ciego á papaito? Entonces... No, es demasiado horrible...

Y cada día es una agonía nueva, cada noche una nueva muerte; no, ni siquiera una muerte, sino algo más espantoso que la vida.

Un día los señores de Ellébeuse y Fauchereuse van juntos al convento á visitar á sus hijas. Llegan, desmejorada y pálida la una, llena la otra de alegría y salud. Al cabo de un cuarto de hora el señor Fauchereuse despide á Lía y volviéndose á Clara de Ellébeuse:

—¿Estás mala, hija mía?... ¿Dí? ¿Qué te duele?

¡Ah! ¡qué tentada está á confesar su crimen! Pero un pudor la contiene... Ante otro médico, sí, tal vez hubiera gritado, en un sollozo, su falta imaginaria... Pero ante éste, nunca... éste, que es el padre de Roger... Roger no ha cometido ninguna falta... Ella sola es responsable de tal crimen. Un pudor invencible la contiene... Contesta:

—Pero si no me duele nada... Tengo calentura.

Y los dos hombres se retiran. Y, traspuesta la verja del convento, un

largo sollozo sube del pecho del señor de Ellébeuse.

—Calmaos, pobre amigo,—le dice el señor Fauchereuse.—Hay enfermedades de nervios, frecuentes en los jóvenes, que desaparecen tan súbitamente como han venido... No creo que haya peligro inmediato... La niña es fuerte... de ascendientes robustos... Nunca he oído decir que los de Ellébeuse ni los de Etanges hayan tenido enfermedades nerviosas.

A estas palabras, inconscientemente terribles, el señor de Ellébeuse levanta la cabeza.

—Querido Fauchereuse... dice.

Y se calla, detiene la confidencia terrible.

—La niña no está más que nerviosa—continúa el señor de Fauchereuse...—Os afirmo que su razón no tiene alteración ninguna.

Clara de Ellébeuse sigue un régimen especial. No hay cuidado que no se tenga con ella en un convento donde ha sido siempre la niña mimada. Para no irritarla más, el capellán la dispensa de todo ejercicio religioso... A misa los domingos, y

nada más. No está sujeta á la confesión quincenal. El anciano sacerdote conoce el alma de la muchacha y sabe cuán terrible ejercicio puede ser un examen de conciencia en tal estado morboso.

Pero Clara de Ellébeuse, aliviada al pronto de esta obligación, se inquieta en seguida:

Si me hubiera confesado, *quizá* me hubiera confesado mal. ¿No soy acaso culpable *también* de intención, al no confesarme?

Y las torturas vuelven á empezar, ó por mejor decir, no cesan. Sueña muchas veces que está sentada al borde del pozo de *la casa cerrada*, que unos pavos reales están posados en el brocal y que el sol le quema la cabeza.

Nacerá desnudo, se dice... El niño Jesús tenía paja.

Y á la par que se enternece pensando en el recién nacido divino, la invade un sordo rencor contra Dios Padre. ¡Oh! es malo, exclama. Pero, espantada en seguida de su blasfemia, encorva su alma y reza.

Una visita, sobre todo, la colma de amargura, la de su anciano amigo,

el señor de Astín, que ha sabido que está enferma y la viene á ver. Entra penosamente en el locutorio, trayéndole con una amable sonrisa, una cesta de los lindos nisperos que la volvian loca cuando estaba buena. Le conmueve tanto esta atención que un sollozo la sacude. El anciano caballero, sofocado por su propia emoción, tiende los brazos á la niña para que se eche en ellos un momento y se calme.

Pero, de repente, Clara de Ellébeuse se levanta, fruncido el ceño, huraños los ojos:

—Nada de *abrazos*—le grita...—
Sois un miserable... Me queréis deshonrar.

**

El señor de Astín sabe callar á la familia la frase, indicio, á su parecer, de locura terrible, que se le escapó á la niña; pero insiste, sin dar explicaciones, en que lleven otra vez á la colegiala al aire libre. Clara de Ellébeuse vuelve á su casa.

El señor Fauchereuse, con amabilidad encantadora, viene á pasar la tarde á Balansun muchas veces; pero

el mal inexplicable que aqueja á la muchacha, y que estudia en silencio con atención, no se hace más patente á sus ojos.

Acaso, piensa, serán desórdenes de la circulación, detenciones frecuentes en esta edad. Pregunta á la señora de Ellébeuse; pero ella se ha preocupado ya de tales momentos, y ha adquirido la certidumbre de su absoluta regularidad que no puede ¡ay! tranquilizar la ignorancia de la pobre niña.

Clara de Ellébeuse no habla más que cuando la preguntan, y brevemente.

Se levanta todos los días á la misma hora, y va á rezar, muy de mañana, á la iglesia, en donde no entra sin haber hecho un alto ante el sepulcro de Laura. Las belladonas de terciopelo rosa ya no están floridas, pero los tristes petirrojos las substituyen, entre las hojas secas ó la nieve. Un día, Clara, tose mucho, por haberse arrodillado, por penitencia, en la hierba brillante de escarcha. No hay palabras para contar las torturas de la atormentada. Una lasitud, un asco de todo, no la dejan

sino para hacer sitio á remordimientos tan crueles como infundados. Remordimientos que le queman las sienas, que le llenan los oídos de un zumbar continuo. Y, por la noche, la atemorizan alucinaciones, voces le gritan su embarazo, dolores agudos la corroen, ve sombras rojas que se estremecen en la obscuridad.

Al despertar de una de estas noches terribles, Clara de Ellébeuse no tiene fuerzas para levantarse, Gertrudis le trae el desayuno. Pero la niña, irritada por el suplicio interior, rechaza, con palabras de cólera, los servicios de la vieja criada. La señora de Ellébeuse insiste entonces con dulzura para determinar á su hija á tomar algún alimento. Pero es en vano, y la pobre mujer, abrumada de dolor, se retira y va á su cuarto, á llorar largamente.





VI

FUÉ en una mañana serena de marzo, cuando se mató Clara de Ellébeuse. El cielo estaba límpido, como el nácar de algunas aguas; las nubes, ligeras y raras, desconchábanse, pizarrosas apenas. Mil pájaros cantaban en los plátanos desnudos, y los durillos estaban en flor. Los gallos contestábanse. Las alquerías rebrillaban cubiertas de rocío; zumbidos confusos de primavera que se aproxima, elevábanse del verde amarillento de los trigales nuevos. Aquí y allá, en el parque, las corolas rosáceas de las magnolias de flores desnudas parecían llamas. So-

bre los céspedes brillaban las anémonas-silvias de hojas trémulas. Las primulas amarillas y sonrosadas, las violetas, los ranúnculos, las pulmonarias, los bruscos, adornaban los taludes de los setos. Temblaban, lejanos, los Pirineos, parecidos á témpanos flotantes de azul y nieve.

La señora de Ellébeuse entró en el cuarto de su hija que, desde dos días antes, algo mejorada, empezaba á levantarse:

—¿Qué tal has dormido, hija mía?

—Me siento mejor, mamáita.

—¿Quieres que Gertrudis te traiga agua caliente para arreglarte?

—Sí, ya lo creo, mamáita.

La señora de Ellébeuse salió del cuarto, y Clara, encantada de su esperanza, fué á arrodillarse y á rezar al pie de su crucifijo.

Cuando Gertrudis se hubo retirado, Clara de Ellébeuse se arregló con todo esmero. Dió brillo, en el molde de boj, á sus pesados bucles. Separó regularmente los bandós lisos que le caían en curva sobre la frente; luego, preocupada, abrió su saquito de pañuelos. Tomó de él las dos cartas del tío Joaquín, que había vuelto á

colocar allí, y las quemó en la chimenea, cuidadosamente. Por un momento, fijó la vista en el retrato de su tío-abuelo, y bajó después, ahogando el ruido de sus pisadas, á la biblioteca. Había, en uno de los ángulos de la habitación, un armario en el cual la señora de Etanges había reunido las drogas precisas para una farmacia de campo, algunas sales, algunos líquidos. Sobre cada frasco ó tarro, la señora de Etanges había escrito con su letra antigua el nombre del medicamento: *Eter sulfúrico, Láudano, Arnica, Agua sedativa*, etc.

Clara de Ellébause abrió el armario y tomó el láudano. La inspiración de hacer aquello fué casi repentina. Diez minutos antes, cuando quemaba las letras del tío, no había formulado las letras del tío, no había formulado aun, por completo, la idea. Fué quizá el hecho de haber destruido las misivas, la continuación de un pensamiento interrumpido por su espíritu fatigado y reanudado después. Ni ella misma se asombró de su acto. Ne lo sentía sino con dificultad, como su cuerpo. Se daba cuenta de la parálisis casi total de cuanto ha-

cía. Tomó pues el frasco y lo deslizó en su seno.

Ninguna emoción tenía en el rostro. Miró al parque, por la única ventana de la biblioteca. Había allí su rincón humedo y umbroso en donde *jugaba á los jardines*, de pequeña. Entonces, se acuerda de aquello. Bajo la acacia de grandes vainas, plantaba regularmente corolas de rosas grandes, regándolas luego con una regaderita verde que su padre le había regalado en sus días. Se acordaba de su pregunta:

—«Abuelita, ¿vamos á hacer la lluvia?» Ponían un poco de agua en el fondo del juguete. Algunas gotas caían sobre los pétalos ardientes. Un zumbido entre el ramaje la llenaba de temor. Soltaba la regadera y se precipitaba hácia su abuela, con ese paso de los niños que empiezan á andar, tendidos los brazos.

Aquellos recuerdos le torturaron el corazón. Contuvo el llanto. Sintió como una náusea moral. El alma la estrangulaba. Por encima de su vestido negro de colegiala, apretaba el frasco que le daba frío en los pechos.

Salió de la habitación, bajó al parque. Distinguió á su padre, que no la vió. Iba de caza con Robinsón. Clara acertó el paso. Contempló su vestido vagamente. Angustia indecible le contrajo la boca. Se figuró que su vientre se había abultado. Pensó en su madre, en Roger. Los rechazó del pensamiento...

Ya estaba en el cementerio, entre el enterramiento de los de Ellébeuse y el sepulcro de Laura. Jacintos blancos florecían.

Se arrodilló, sacó el frasco del corpiño, y lo destapó. Con la mano izquierda se agarró á la verja. Cerró los ojos, bebió el láudano de un trago, y allí se quedó.

Así murió Clara de Ellébeuse, á los diez y siete años de edad, el diez de marzo de mil ochocientos cuarenta y ocho. Rogad por ella.

